

COVID Y IGLESIA

Prohibición de misa: ¿A dónde se ha ido la Irlanda "católica"?

LIBERTAD RELIGIOSA

07_05_2021

**Ruadhán
Jones**



Irlanda es el único país de Europa (y junto con Corea del Norte, en el mundo) que tiene una prohibición legal de asistir a misa. El gobierno irlandés ha tratado de desestimar la acusación de ser antirreligioso, pero las acciones son más fuertes que las palabras.

Oran Doyle, profesor de derecho en la principal universidad de Irlanda, escribió que, aunque el gobierno afirme lo contrario, un nuevo decreto legislativo promulgado el sábado 10 de abril solo puede leerse como una penalización deliberada del culto religioso. Es difícil para la mayoría de las personas fuera de Irlanda, e incluso para muchas dentro, entender cómo un antiguo bastión católico de Europa llegó a esto.

Sin embargo, no debería considerarse una verdadera sorpresa. Irlanda fue el único que hizo cumplir una prohibición tan severa de la participación en el culto público, la cual es una postura coherente. Excepto por un breve período en diciembre, los católicos no han podido asistir a misa desde octubre, y para los católicos de Dublín, la prohibición comenzó incluso antes. En las últimas 30 semanas, 27 han estado sin culto público.

En octubre de 2020, mientras el gobierno estaba introduciendo otro bloqueo, el semanario católico *The Irish Catholic* preguntó al ministro de Salud, Stephen Donnelly, si las nuevas disposiciones convertían la asistencia a misa en un crimen. La respuesta fue no, y que los sacerdotes seculares no serían sancionados por celebrar o participar en una misa: la prohibición debía considerarse solo como una recomendación.

Sin embargo, lo que les sucedió a los sacerdotes en todo el país sugirió todo lo contrario. Por ejemplo, un sacerdote del sur de Irlanda informó que se le advirtió que sería multado por haber celebrado misa con los fieles. Y en Dublín, la Garda (la policía irlandesa) interrumpió la distribución de la comunión en una iglesia. Pero estas cosas solo pasaron a primer plano cuando el padre P.J. Hughes, un sacerdote del condado de Cavan, continuó celebrando la misa con la gente a pesar de las advertencias del Garda. Fue inculcado y multado con 500 euros. Se negó a pagar, diciendo que prefería ir a la cárcel y continuó haciendo misas. En un crescendo increíble, el Garda hizo un piquete en la iglesia para rechazar a los feligreses que intentaban asistir a misa.

En ese momento, la afirmación del gobierno según la cual la misa no era un crimen resultó inconsistente. El último clavo en el ataúd se realizó con la demanda que impugna la constitucionalidad de la prohibición, presentada por el empresario católico irlandés Declan Ganley. La discusión del caso Ganley, que comenzó en noviembre de 2020, ha sido pospuesta continuamente por la oficina del fiscal del Estado y ahora es seguro que no será escuchado antes de que finalmente se levante la prohibición. Sin embargo, su caso dejó en claro que el gobierno consideraba que existía una prohibición legal.

Pero fue solo después de esta confirmación de las intenciones del estado irlandés que finalmente se introdujo la prohibición. Al menos así es como el profesor Doyle

interpretó la situación. Según su análisis, el gobierno introdujo el nuevo decreto legislativo del 10 de abril porque se dio cuenta que en el primer decreto no existía una sanción explícita para las celebraciones religiosas. Entonces, en un movimiento tortuoso e injusto, criminalizó la religión en Irlanda por primera vez en más de un siglo.

Pero eso es exactamente lo que pasó. Comprender por qué sucedió esto es más complicado. ¿Por qué el gobierno fue tan entusiasta en atacar la religión, pisoteando lo que es un derecho humano básico? ¿Y por qué los obispos ya no estaban decididos, como sucedió en otras partes de Europa y América? La respuesta a ambas preguntas puede vincularse a la posición histórica y actual de la Iglesia en Irlanda. La Iglesia en el pasado tenía poder y abusó de él; hoy no lo tiene y se abusa de ella.

El hecho es que durante los últimos cincuenta años la Iglesia ha sido atacada por los que están en el poder, tanto en el gobierno como en los medios de comunicación. Para una institución acostumbrada a tener una posición privilegiada en las cámaras del poder, acostumbrada a ser respetada, esto ha sido muy difícil. Además, luego se agregó la cobertura de los abusos dentro de la Iglesia. Este, sin embargo, fue sólo uno de los pretextos con los que se menospreció y ridiculizó la misma. Los medios de comunicación y el gobierno todavía aprovechan cualquier oportunidad para aplastar aún más a la Iglesia, como es evidente en la reciente respuesta a un programa católico de educación sexual. Es otra oportunidad para demostrar cuán atrasada está la Iglesia, y cuán avanzada y progresista es la Irlanda moderna.

En última instancia, esto es un engaño. En realidad, se trata de poder. Nosotros, la Iglesia, no lo tenemos, ellos lo tienen. Es por esta razón que el gobierno no tuvo ningún problema en tratar el culto público de una manera tan abominable. No es solo que no les importe, aunque claramente es así, también es que saben que no encontrarán obstáculos y están felices de relegar el culto público al nivel de museos, cines y otros servicios no esenciales. Esta es una posición incómoda para la Iglesia, a la que no se ha acostumbrado. Rara vez uno se defiende cuando es vilipendiado por los medios de comunicación o uno se mete en una controversia cuando los representantes electos atacan. Nos acostumbramos a perder y, al parecer, todavía estamos en estado de shock. Ahora hay una tendencia a conformarse con comentarios sobre temas de moda que sean seguros y no controvertidos, aprovechando cada oportunidad para ser vistos haciendo "lo correcto".

En consecuencia, cuando ocurrió la pandemia, los obispos no veían la hora de aceptar el cierre de la Iglesia por el bien común. En ese momento, podían ser excusados por dos razones: una, no sabían cuánto duraría la pandemia; dos, actuaron con la expectativa de

que el gobierno respondiera de buena fe. La realidad demostró que se equivocaron en ambos casos. Para entonces, sin embargo, ya era demasiado tarde: después de haber presionado tanto para aceptar las regulaciones, atacarlas habría parecido hipócrita. Sin embargo, con el pasar del tiempo, quedó claro que esta iba a ser la decisión por tomar.

Declan Ganley, dando voz a la frustración de gran parte de los laicos católicos en Irlanda, el pasado 27 de abril invitó a los obispos a abrir las puertas al culto público en un acto de desobediencia civil pacífica. Su caso contra la constitucionalidad de la prohibición había sido pospuesto una vez más. Como dijo, se han probado todos los medios disponibles, pero ninguno ha tenido éxito. La desobediencia es el último recurso ante tal intransigencia.

El gobierno acaba de anunciar un regreso al culto público para el 10 de mayo, por lo que es poco probable que la Iglesia tome medidas tan drásticas en tan pocos días. Si bien parece que la presión ejercida recientemente sobre el gobierno con respecto al tratamiento del culto público ha dado sus frutos, sigue siendo cierto que a los católicos simplemente se les concedió lo que es su derecho.

Si la pandemia ha demostrado algo, es lo poco que les importa la religión a los que están en posiciones de poder. También mostró que la Iglesia tendrá que cambiar de actitud y ser mucho más decidida en el futuro.